

R. OLIVAR BERTRAND, *El caballero Prim*. Dos volúmenes: 1º Vida íntima, amorosa y militar. 416 páginas. 2º Vida política y revolucionaria. 484 páginas. Luis Miracle, editor. Barcelona. 1952.

Se comprende que R. Olivar Bertrand, que tiene un sentido vitalista de la Historia, se haya inclinado preferentemente a una figura tan cargada de humanidad, tan activamente histórica como la de don Juan Prim y Prats, y que con tanto amor haya escrito su biografía. Además, vida tan valiosa, le sirve para una valoración del siglo XIX — el vilipendiado siglo XIX —, en el que la extraordinaria personalidad de su biografiado se destaca con tan vigorosos rasgos. Es claro que se refiere especialmente al siglo XIX español, al que considera segunda edad de oro de la historia de su patria. Y agrega: « No puedo envanecerme de estampar el primero tan justa afirmación. Marañón, haciendo honor a un gran estilista, ha escrito: *La máxima cristalización de lo hispánico es la de estos años. El segundo Siglo de Oro español, como le ha llamado el maestro Azorin, es de un oro más nuestro que el de los Austrias* ». Reconoce Olivar Bertrand que, por fortuna, en estos últimos años se ha despertado un legítimo afán por esclarecer lo que verdaderamente fue el siglo XIX, y a esa labor de revisión y reconstrucción quiere él hacer sus aportaciones, de las que es la primera esta obra sobre Prim.

Para realizar su trabajo, Olivar Bertrand no ha ahorrado esfuerzo en la búsqueda de datos y documentos que le permitieran infundir vida, poner de pie en sus páginas al insigne reusense, habiendo logrado acopiar numerosas cartas del propio Prim, material valiosísimo, que le ha servido de fundamento para su obra, y cuyo examen le ha llevado a distribuir su biografía en dos volúmenes, deslindando la vida íntima, amorosa y militar, de la política y revolucionaria de su héroe.

Además, Olivar Bertrand ha tenido presente, al iniciar su labor, las sabias conclusiones de Ellsworth Huntington, sobre la ineludible necesidad, en que se encuentra todo historiador, de fijar la influencia del medio geográfico, el papel de la herencia biológica y el aporte cultural, con carácter previo a todo estudio histórico, y fiel a estos principios, nos ofrece un análisis completísimo de esos elementos físicos y humanos que contribuyeron a la formación de la personalidad de Prim desde su cuna y que tan poderosamente influyeron en él. Familia, tierra y ambiente, dan a su contextura física, intelectual y moral, las líneas fundamentales de su naturaleza privilegiada.

Es curioso cómo los hechos se van encadenando en su vida en una especie de continuidad ideológica y biológica. Su padre era ya liberal y militar, y a su muerte — que se produce en 1834 — es precisamente cuando se inicia la vida militar de su hijo, que a la sazón contaba veinte años. Y, al quedarse huérfano, son las circunstancias las que deciden, ya que entonces piensa el joven Juan Prim en dejar el regimiento al que se ha incorporado como voluntario, para dedicarse a alguna labor que le permita atender a las nece-

sidades de su hogar, concretamente de su madre y de su hermana. Pero el recrudecimiento de la guerra carlista en Cataluña, le obliga a permanecer en filas y le brinda ocasión para distinguirse. Cosecha heridas y ascensos simultáneamente, y, en tan rápida carrera que, a los veintiún años, cuando sólo ha pasado uno de la muerte de su padre, alcanza el grado que tenía éste al morir : capitán. Cuando en 1840 termina la primera guerra carlista, ostentaba Prim los grados de teniente coronel y primer comandante del batallón que mandaba, ganados en el campo de batalla. Y a ello hay que agregar la enorme popularidad que alcanzó en ese mismo tiempo como hombre arrojado y temerario.

Al término de aquella guerra de siete años le esperarían nuevas acciones, también de carácter militar, pero a las que se mezclaba la política y en las que defendió sus ideales liberales. Los defendió también como diputado, reelegido en sucesivas legislaturas. En 1843, a raíz del movimiento nacional que acabó con la dictadura y regencia de Espartero y en el que participó de manera decisiva, recibió Prim los títulos de visconde del Bruch y conde de Reus. Y aquel mismo año era promovido a los grados de brigadier primero y general después.

Dijérase que Prim ajustaba su conducta, en cierto modo, a las doctrinas no promulgadas todavía — como que el filósofo nació por aquellos años — de Federico Nietzsche, según las cuales la salud del hombre superior sólo se obtiene viviendo con riesgo, en permanente estado de guerra. Obedeciendo a ese impulso belicoso, el ya conde de Reus se encamina, desde el día que entró en el ejército como simple soldado, hacia un destino cada vez más alto — de acuerdo a las teorías nietzchanas —, por el camino de los hombres fuertes, que permite el desarrollo ascensional de la especie. Prim se acerca extraordinariamente al ideal del superhombre. En relación a él es casi un prototipo, ya que poseía — lo vemos a través de estas páginas — ese impulso vital que lleva al hombre a una plenitud de apetencias.

El apotegma nietzchano : « La guerra, y luego más guerra », se cumple en Prim casi al pie de la letra, porque a la inicial guerra carlista y demás contiendas civiles, sucede — hacia 1860 — la guerra de África, en la cual también él participa de modo particularísimo, y donde su personalidad tanto se eleva que toca en lo legendario. España le reconoce como el héroe sin par de aquellas bélicas jornadas y celebra su triunfo con una apoteosis nacional. A sus títulos de vizconde del Bruch y conde de Reus, se agrega ahora el de marqués de Castillejos, nombre de su batalla más gloriosa. Y la apoteosis culmina al serle otorgada, por la Reina, la investidura de la Grandeza de España, en enero de 1861. Una anécdota ocurrida en la *Sala de los Grandes* de Palacio, durante la aparatosa y anacrónica ceremonia, nos retrata a Prim de cuerpo entero. El duque de Medinaceli se acercó a felicitarle, diciéndole : « Ya somos iguales, general », a lo que Prim replicó con viveza : « Igual a su abuelo ». Y no vemos en ello vanidad, sino una manera muy española de la exaltación de la

individualidad, una afirmación del propio yo, de la innata aristocracia del fundador de linajes.

Termina aquí el primer volumen de esta biografía del caballero Prim, en el que no sólo se le pinta como militar, sino a través de su vida privada, mostrándonos la intimidad de sus sentimientos tal como se nos descubren en su epistolario, cuidadosamente recogido en los apéndices de su obra por *Olivar Bertrand*. Resplandece en sus cartas la intimidad de su corazón con tan vivos destellos como los de su espada. No es Prim, como puede suponerse, un sentimental; pero sí hombre de sentimientos nobles y firmes, que se traducen en su ternura filial nunca desmentida; en su amor a la esposa, en el cariño a los hijos; en el ferviente culto rendido en todo momento a la amistad.

El segundo volumen se extiende, como el subtítulo lo indica, a su « vida política y revolucionaria ». Por este camino vemos a Prim ascender victoriosamente, como por el otro. En cierta ocasión, diría: « Yo soy también hombre de gobierno y de buen gobierno, y digo esto para desvanecer la idea vertida por algunos de que yo no sirvo más que para asaltar una brecha o una muralla. » Y lo probaría cumplidamente. Nada tienen que envidiar a sus condiciones militares sus cualidades políticas y diplomáticas. Estas últimas se revelarían, de modo sorprendente, en su actuación como jefe de las fuerzas españolas, que fueron a México con los franceses e ingleses para hacer cumplir la Convención de Londres, firmada en 1861. A México va como militar y como diplomático; mas dijérase que el militar se inhibe en este caso, pasando su gloria al diplomático, cuando, renunciando a disparar un solo tiro en tierra mexicana; reembarca sus fuerzas, abandonando la causa de los franceses y juzgando su actitud con singular clarividencia. Sus palabras, enjuiciando los sucesos posteriores, que acabarían en la tragedia de Querétaro — el fusilamiento de Maximiliano — tendrían carácter profético.

Aquella hazaña diplomática, no reconocida por todos en el primer momento, revela en Prim una sensibilidad especial para la comprensión de lo americano, que se confirmaría en su manera de enfocar el problema de Cuba — como podemos verlo en las páginas de *Olivar Bertrand* que tratan de este asunto — cuando Prim está ya en el poder, al que llega después de la revolución de 1868, encarnada en él, y que puso término al reinado de Isabel II. Pero el que derribase la monarquía borbónica, no quiere decir que Prim no fuese monárquico. Hizo la revolución enarbolando, como toda su vida, la bandera de la libertad; pero él sólo comprendía la libertad dentro del orden, y ésta fue su tragedia, porque el mantenimiento del orden no puede realizarse en muchas ocasiones desde el poder sin el cercenamiento de las libertades. Y él se propuso mantenerlo desde el poder a toda costa debatiéndose entre la tremenda hostilidad de izquierdas y derechas, desde los federales a los carlistas. Estaba en la situación de otro gran español de nuestro siglo, don *Angel Ossorio* y *Gallardo*, que se proclamaba monárquico sin rey. Su pragmatismo le apartaba de los republicanos, pues no creía en la viabilidad de una Repú-

blica española. Y así utilizando su enorme energía, respaldado por su prestigio inmenso, se dio, como jefe de un gobierno provisional y con una mayoría exigua en las Cortes, a la tarea de buscar un rey para España: un rey que fuese intérprete fiel de la Constitución — la Constitución, otro de sus caballos de batalla —, contando con que él se encargaría, como primer ministro, de apuntalar el trono y de cuidar de la libertad y el orden, para que España pudiera encauzarse por sendas de progreso y renovación.

Tenía ya el rey. Las Cortes lo habían aprobado. Y cuando Amadeo de Saboya estaba en camino para Madrid, cuando parecía que su sueño iba a hacerse realidad, unos asesinos lo mataron a traición, cuando iba en su coche, después de asistir a una borrascosa sesión en el Congreso ...

En la calle del Turco
lo mataron a Prim...

¿Quién lo mató? Su biógrafo se hace hoy la pregunta que se viene repitiendo desde aquel día — 27 de diciembre de 1870 — en que unos asesinos torcieron el curso de la historia de España. Tampoco puede él, a pesar del tiempo transcurrido y las indagaciones realizadas, darnos una respuesta satisfactoria, pero procura en sus últimas páginas esclarecer su muerte, como ha esclarecido, a lo largo de los dos volúmenes de su biografía, la vida de este gran catalán que tan hondamente sintió a España como algo consustancial a su naturaleza, sin descatalanizarse poco ni mucho, como lo reconocería el propio Cambó al referirse al glorioso hijo de Reus.

VALENTÍN DE PEDRO.